

Caminando con Jesus

www.caminando-con-jesus.org

Pedro Sergio Antonio Donoso Brant



TERESA DE LISIEUX: MISIONERA AYER, HOY Y SIEMPRE

Patrona de las Misiones

1927-2007

Autor: P. Fr. Julio González Carretti OCD

Introducción

Conmemoramos 80 años de la proclamación por parte del Papa Pío

XI del patronazgo de Teresa de Lisieux y San Francisco Javier SJ sobre las misiones católicas en todo el mundo. El decreto de este nombramiento tiene fecha del 14 de Diciembre de 1927.

I Descubre su vocación misionera

Será durante la noche de Navidad de 1886 que el Niño Dios le concede la gracia de superar su excesiva sensibilidad de carácter y cambiar su corazón. Esa noche entró la caridad en su vida. Lo narra en su autobiografía:

“Fue el 25 de diciembre de 1886 cuando recibí la gracia de salir de la niñez; en una palabra, la gracia de mi total conversión. Volvíamos de la Misa de Gallo, en la que yo había tenido la dicha de recibir al Dios fuerte y poderoso.

Cuando llegábamos a los Buissonnets, me encantaba ir a la chimenea a buscar mis zapatos. Esta antigua costumbre nos había proporcionado tantas alegrías durante la infancia, que Celina quería seguir tratándome como a una niña, por ser yo la pequeña de la familia... Papá gozaba al ver mi alborozo y al escuchar mis gritos de júbilo a medida que iba sacando las sorpresas de mis zapatos encantados, y la alegría de mi querido rey aumentaba mucho más mi propia felicidad.

Pero Jesús, que quería hacerme ver que ya era hora de que me liberase de los defectos de la niñez, me quitó también sus inocentes alegrías: permitió que papá, que venía cansado de la Misa del Gallo, sintiese fastidio a la vista de mis zapatos en la chimenea y dijese estas palabras que me traspasaron el corazón: «¡Bueno, menos mal que éste es el último año...!»

Yo estaba subiendo las escaleras, para ir a quitarme el sombrero. Celina, que conocía mi sensibilidad y veía brillar las lágrimas en mis ojos, sintió también ganas de llorar, pues me quería mucho y se hacía cargo de mi pena. « ¡No bajes, Teresa! me dijo, sufrirías demasiado al mirar así de golpe dentro de los zapatos»¹.

A causa de la muerte de la madre el 28 de agosto de 1877, Teresa cambió su carácter y la excesiva sensibilidad fue un verdadero problema para la convivencia en su familia. No le faltó el amor y cariño de su padre y hermanas, pero no lograba superar esta situación hasta que intervino Dios directamente para prepararla a la tarea y misión que le encomendaría más tarde. Escuchemos a Teresa su relato:

“Pero Teresa ya no era la misma, ¡Jesús había cambiado su corazón! Reprimiendo las lágrimas, bajé rápidamente la escalera, y conteniendo los latidos del corazón, cogí los zapatos y, poniéndolos delante de papá, fui sacando alegremente todos los regalos, con el aire feliz de una reina. Papá reía, recobrado ya su buen humor, y Celina creía estar soñando... Felizmente, era un hermosa realidad: ¡Teresita había vuelto a encontrar la fortaleza de ánimo que había perdido a los cuatro años y medio, y la

conservaría ya para siempre...!”².

Comienza una nueva etapa de su vida, una verdadera escalada de gracia y santidad en la existencia de Teresa. Deja la niñez y sus traumas y nace la mujer que atraída por el ideal del Carmelo desea consagrar su vida a la contemplación y al servicio apostólico por la humanidad.

“Aquella noche de luz comenzó el tercer período de mi vida, el más hermoso de todos, el más lleno de gracias del cielo...La obra que yo no había podido realizar en diez años Jesús la consumó en un instante, conformándose con mi buena voluntad, que nunca me había faltado. Yo podía decirle, igual que los apóstoles: «Señor, me he pasado la noche bregando, y no he cogido nada». Y más misericordioso todavía conmigo que con los apóstoles, Jesús mismo cogió la red, la echó y la sacó repleta de peces... Hizo de mí un pescador de almas, y sentí un gran deseo de trabajar por la conversión de los pecadores, deseo que no había sentido antes con tanta intensidad...»³. Sentí, en una palabra, que entraba en mi corazón la caridad, sentí la necesidad de olvidarme de mí misma para dar gusto a los demás, ¡y desde entonces fui feliz...!”⁴.

Liberada de sí misma en forma gradual, Teresa comprende que ahora es Jesucristo quien guía su barca, y por medio de su Espíritu le va mostrando el camino a seguir y la misión que se le va confiando. Hay otro acontecimiento en el despertar de la caridad apostólica en el alma de esta joven que hay que considerar y que ella lo entendió así: **“Un domingo, mirando una estampa de Nuestro Señor en la cruz, me sentí profundamente impresionada por la sangre que caía de sus divinas manos. Sentí un gran dolor al pensar que aquella sangre caía al suelo sin que nadie se apresurase a recogerla. Tomé la resolución de estar siempre con el espíritu al pie de la cruz para recibir el rocío divino que goteaba de ella, y comprendí que luego tendría que derramarlo sobre las almas...”⁵.** Esta gracia que recibe Teresa hay que entenderla desde la perspectiva de Jesús y desde los deseos de Teresa de trabajar por la conversión de los hombres. Él comparte su misión con Teresa y ella toma la resolución de permanecer al pie de la Cruz. El estar de Teresa va a significar todo un trabajo efectivo por la conversión de los hombres al amor infinito de Jesucristo por cada hombre. El valor de su sacrificio e la Cruz hay que aplicarlo a todos hombres especialmente a los pobres pecadores. En este sentido hay que considerar la época de Teresa: un país que venía saliendo de la Revolución, la fascinación que ejerció la Ilustración y el dominio de la razón por sobre la religión y la fe cristiana. Muchos se consideraban ateos y proyectaban su vida sin Dios ni ningún tipo de trascendencia fuera de este mundo. Había en la Iglesia una verdadera necesidad de orar por este tipo de personas que habían extraviado e camino.

Las últimas palabras de Cristo en la Cruz adquieren de pronto un significado especial en el alma de Teresa para saciar sus ansias apostólicas: **“También resonaba continuamente en mi corazón el grito de Jesús en la cruz: «¡Tengo sed!».** Estas palabras encendían en mí un ardor desconocido y muy vivo... Quería dar de beber a mi

Amado, y yo misma me sentía devorada por la sed de almas... No eran todavía las almas de los sacerdotes las que me atraían, sino las de los grandes pecadores; ardía en deseos de arrancarles del fuego eterno... Y para avivar mi celo, Dios me mostró que mis deseos eran de su agrado”⁶.

La pedagogía de Dios le enseñaba a Teresa que no estaba sola en la misión que le encomendaba: ser misionera de su amor redentor. Él le ofrecía hacer partícipe de los beneficios de su sacrificio en la Cruz a todos aquellos que, arrepentidos, se acercaran a su amor para ser purificados por su sangre preciosa. Dios le concederá su primer hijo espiritual en este camino de evangelización. Se trata de un criminal Enrique Pranzini (1856 - 1887). Un egipcio que en París, mata a dos mujeres y una niña para robarles en su hogar. Es condenado a muerte y ni se inmutó al oír la sentencia; era una conciencia impenitente, cerrada a la luz de la fe. Ella lo narra en su Autobiografía: ***“Oí hablar de un gran criminal que acababa de ser condenado a muerte por unos crímenes horribles. Todo hacía pensar que moriría impenitente. Yo quise evitar a toda costa que cayese en el infierno, y para conseguirlo empleé todos los medios imaginables. Sabiendo que por mí misma no podía nada, ofrecí a Dios todos los méritos infinitos de Nuestro Señor y los tesoros de la santa Iglesia; y por último, le pedí a Celina que encargase una Misa por mis intenciones, no atreviéndome a encargarla yo misma por miedo a verme obligada a confesar que era por Pranzini, el gran criminal”***⁷.

Teresa no se siente sola en su empresa, su hermana Celina es asociada a su reto: convertir a Pranzini o al menos que muera arrepentido. ***“Tampoco quería decírselo a Celina, pero me hizo tan tiernas y tan apremiantes preguntas, que acabé por confiarle mi secreto. Lejos de burlarse de mí, me pidió que la dejara ayudarme a convertir a mi pecador. Yo acepté, agradecida, pues hubiese querido que todas las criaturas se unieran a mí para implorar gracia para el culpable. En el fondo de mi corazón yo tenía la plena seguridad de que nuestros deseos serían escuchados. Pero para animarme a seguir rezando por los pecadores, le dije a Dios que estaba completamente segura de que perdonaría al pobre infeliz de Pranzini, y que lo creería aunque no se confesase ni diese muestra alguna de arrepentimiento, tanta confianza tenía en la misericordia infinita de Jesús; pero que, simplemente para mi consuelo, le pedía tan sólo «una señal» de arrepentimiento...”***⁸.

La joven ora y Dios obra el portento tan esperado por las dos hermanas. ***“Mi oración fue escuchada al pie de la letra. A pesar de que papá nos había prohibido leer periódicos, no creí desobedecerle leyendo los pasajes que hablaban de Pranzini. Al día siguiente de su ejecución, cayó en mis manos el periódico «La Croix». Lo abrí apresuradamente, ¿y qué fue lo que vi...? Las lágrimas traicionaron mi emoción y tuve que esconderme... Pranzini no se había confesado, había subido al cadalso, y se disponía a meter la cabeza en el lúgubre agujero, cuando de repente, tocado por una súbita inspiración, se volvió, cogió el***

crucifijo que le presentaba el sacerdote ¡y besó por tres veces sus llagas sagradas...! Después su alma voló a recibir la sentencia misericordiosa de Aquel que dijo que habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por los noventa y nueve justos que no necesitan convertirse...”⁹. El prisionero sí besó la Cruz como una señal de arrepentimiento, pero no pudo tomar la cruz, puesto que iba con las manos atadas; lo que hizo fue besar la cruz cuando el sacerdote se la presentó antes de morir. Era la señal pedida por Teresa para quien consideraba su primer hijo en la fe. **“Había obtenido «la señal» pedida, y esta señal era la fiel reproducción de las gracias que Jesús me había concedido para inclinarme a rezar por los pecadores. ¿No se había despertado en mi corazón la sed de almas precisamente ante las llagas de Jesús, al ver gotear su sangre divina? Yo quería darles a beber esa sangre inmaculada que los purificaría de sus manchas, ¡¡¡y los labios de «mi primer hijo» fueron a posarse precisamente sobre esas llagas sagradas...!!! ¡Qué respuesta de inefable dulzura...!”** ¹⁰. La respuesta del cielo no se hizo esperar, Dios iniciaba con Teresa una aventura misionera, hasta que el último pecador entra en la vida eterna.

La reflexión final que hace esta joven misionera hay que considerarla en toda su amplitud: **“A partir de esta gracia sin igual, mi deseo de salvar almas fue creciendo de día en día. Me parecía oír a Jesús decirme como a la Samaritana: «¡Dame de beber!» Era un verdadero intercambio de amor: yo daba a las almas la sangre de Jesús, y a Jesús le ofrecía esas mismas almas refrescadas por su rocío divino. Así me parecía que aplacaba su sed. Y cuanto más le deba de beber, más crecía la sed de mi pobre alma, y esta sed ardiente que él me daba era la bebida más deliciosa de su amor...”**¹¹. Este fuego de la caridad apostólica se va convirtiendo en una hoguera en el corazón de Teresa pero irá expandiéndose a otras realidades a medida que crece en el conocimiento del misterio divino y la invade la ciencia del amor.

II Misionera desde la clausura

Su ingreso al Carmelo será precisamente para salvar almas para el Reino de Dios. En su viaje a Roma comprende su vocación: orar por los sacerdotes. Deseo muy de Santa Teresa de Jesús al iniciar la Reforma del Carmelo¹². El único fin de las oración y sacrificios del Carmelo es para ser apóstoles de apóstoles, rezando por ellos mientras ellos evangelizan con la palabra y con el ejemplo¹³. Una vez que ha ingresado al Carmelo, pasadas las etapas de formación el día de su profesión simple declaró: “He venido para salvar almas, y sobre todo, para orar por los sacerdotes”¹⁴. El Señor le fue mostrando su voluntad respecto al camino de camino de santidad a que la llamaba, comenzó la búsqueda de su vocación específica dentro de la Iglesia. Reconoce que **“ser tu esposa, Jesús, ser carmelita, ser por mi unión contigo madre de almas, debería bastarme... Pero no es así... Ciertamente, estos tres privilegios son la esencia de mi vocación: carmelita, esposa y madre”**¹⁵. Siente en su espíritu muchas otras vocación porque se va dando cuenta que está por descubrir el secreto de su

vocación en el cuerpo eclesial. **“Sin embargo, siento en mi interior otras vocaciones: siento la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir. En una palabra, siento la necesidad, el deseo de realizar por ti, Jesús, las más heroicas hazañas... Siento en mi alma el valor de un cruzado, de un zuavo pontificio. Quisiera morir por la defensa de la Iglesia en un campo de batalla...”**¹⁶. Es el dinamismo del amor que la impulsa a estar en todos los campos del quehacer eclesial, precisamente a ella, una monja de clausura, con un régimen de vida comunitaria muy exigente.

“Siento en mí la vocación de sacerdote. ¡Con qué amor, Jesús, te llevaría en mis manos cuando, al conjuro de mi voz, bajaras del cielo...! ¡Con qué amor te entregaría a las almas...! Pero, ¡ay!, aun deseando ser sacerdote, admiro y envidio la humildad de san Francisco de Asís y siento en mí la vocación de imitarle renunciado a la sublime dignidad del sacerdocio. ¡Oh, Jesús, amor mío, mi vida...!, ¿cómo hermanar estos contrastes? ¿Cómo convertir en realidad los deseos de mi pobrecita alma? Sí, a pesar de mi pequeñez, quisiera iluminar a las almas como los profetas y como los doctores”¹⁷.

Será el Concilio Vaticano II quien hable extensamente del sacerdocio común de los fieles¹⁸. Desde el bautismo todos somos sacerdotes, profetas y reyes para alabar y bendecir a Dios, ofrecer sacrificios, junto a la única Víctima del Calvario. Es ejercer el sacerdocio de un pueblo que está constituido como pueblo sacerdotal. Teresa impulsada por el amor enumera todas las vocaciones que posee en su ser cristiana: Ser apóstol: **“Tengo vocación de apóstol... Quisiera recorrer la tierra, predicar tu nombre y plantar tu cruz gloriosa en suelo infiel. Pero Amado mío, una sola misión no sería suficiente para mí. Quisiera anunciar el Evangelio al mismo tiempo en las cinco partes del mundo, y hasta en las islas más remotas... Quisiera ser misionero no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y seguirlo siendo hasta la consumación de los siglos...”**¹⁹. Será profeta del amor misericordioso y doctora de la Iglesia puesto que su experiencia cristiana como luz indeficiente atraviesa los límites de la clausura del Carmelo para situarse como preclara hija de la Iglesia y e iluminar los senderos de los hombres de fe y sobre todos a los carecen de ella.

Ser mártir: **“Pero, sobre todo y por encima de todo, amado Salvador mío, quisiera derramar por ti hasta la última gota de mi sangre...¡El martirio! ¡El sueño de mi juventud! Un sueño que ha ido creciendo conmigo en los claustros del Carmelo... Pero siento que también este sueño mío es una locura, pues no puedo limitarme a desear una sola clase de martirio... Para quedar satisfecha, tendría que sufrirlos todos...Como tú, adorado Esposo mío, quisiera ser flagelada y crucificada... Quisiera morir desollada, como san Bartolomé... Quisiera ser sumergida, como san Juan, en aceite hirviendo... Quisiera sufrir todos los suplicios infligidos a los mártires... Con santa Inés y santa Cecilia, quisiera presentar mi cuello a la espada, y como Juana de Arco, mi hermana querida,**

quisiera susurrar tu nombre en la hoguera, Jesús... Al pensar en los tormentos que serán el lote de los cristianos en tiempos del anticristo, siento que mi corazón se estremece de alegría y quisiera que esos tormentos estuviesen reservados para mí... Jesús, Jesús, si quisiera poner por escrito todos mis deseos, necesitaría que me prestaras tu libro de la vida, donde están consignadas las hazañas de todos los santos, y todas esas hazañas quisiera realizarlas yo por tí...²⁰.

El vuelo elevado del amor en su espíritu le hace constatar también su realidad más profunda: su pequeñez, su impotencia, su debilidad. Surge la pregunta: ¿cómo compaginar esta vorágine de deseos y anhelos con la realidad de su existencia? La respuesta, como la pregunta no se la hace a sí misma sino que la dirige a Quien tiene la respuesta en sus manos: **“Jesús mío, ¿y tú qué responderás a todas mis locuras...? ¿Existe acaso un alma pequeña y más impotente que la mía...? Sin embargo, Señor, precisamente a causa de mi debilidad, tú has querido colmar mis pequeños deseos infantiles, y hoy quieres colmar otros deseos míos más grandes que el universo...”²¹.**

Comienza la tarea de buscar la respuesta y sabe que se encuentra de algún modo en la Escritura. **“Como estos mis deseos me hacían sufrir durante la oración un verdadero martirio, abrí las cartas de san Pablo con el fin de buscar una respuesta. Y mis ojos se encontraron con los capítulos 12 y 13 de la primera carta a los Corintios...Leí en el primero que no todos pueden ser apóstoles, o profetas, o doctores, etc...; que la Iglesia está compuesta de diferentes miembros, y que el ojo no puede ser al mismo tiempo mano... La respuesta estaba clara, pero no colmaba mis deseos ni me daba la paz...Al igual que Magdalena, inclinándose sin cesar sobre la tumba vacía, acabó por encontrar lo que buscaba, así también yo, abajándome hasta las profundidades de mi nada, subí tan alto que logré alcanzar mi intento...Seguí leyendo, sin desanimarme, y esta frase me reconfortó: «Ambicionad los carismas mejores. Y aún os voy a mostrar un camino inigualable». Y el apóstol va explicando cómo los mejores carismas nada son sin el amor... Y que la caridad es ese camino inigualable que conduce a Dios con total seguridad”²².**

San Pablo le mostrará, como en un gran mosaico, la realidad de la Iglesia, como todos son importantes para ella y como todo funciona si cada miembro vive su vocación. Teresa si bien al comienzo de su mirar no se reconoce en ninguno de ellos, agudiza la mirada inteligente y finalmente se reconoce en todos ellos, porque la vocación a la santidad es sólo una con variedad de formas de vivirla. **“Podía, por fin, descansar... Al mirar el cuerpo místico de la Iglesia, yo no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por san Pablo; o, mejor dicho, quería reconocirme en todos ellos...La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos ellos. Comprendí que la**

Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor. Comprendí que sólo el amor podía hacer actuar a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegaba a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre...”²³.

Es el amor la única definición de la santidad en la Iglesia y por lo mismo explica y sostiene todas las vocaciones que en ella existen. ***“Comprendí que el amor encerraba en sí todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y lugares... En una palabra, ¡que el amor es eterno...! Entonces, al borde de mi alegría delirante, exclamé: ¡Jesús, amor mío..., al fin he encontrado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor...! Sí, he encontrado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, Dios mío, eres tú quien me lo ha dado... En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor... Así lo seré todo... ¡¡¡Así mi sueño se verá hecho realidad...!!!”²⁴***

En toda la historia de la Iglesia nadie o mejor dicho, sólo esta joven carmelita ha sabido interpretar a Pablo en su realidad más profunda, desde el punto de vista bíblico y eclesial. Efectivamente, es el amor, la vocación única y sin la cual todo servicio sería una hipocresía de cara a Dios y a los hombres. Teresa dio en lo medular del quehacer eclesial como una continua invitación a profundizar en el misterio de cada vocación que surge en la Iglesia de hoy y mañana, desde el amor es clave de lectura y comprensión de la misma.

Esta sublime revelación del Espíritu Santo a esta joven contemplativa a inspirado muchas vocaciones al sacerdocio, a la vida contemplativa, al Carmelo y para las tierras de misión. Pero como la personalidad de Teresa sale de los límites de la Iglesia Católica también a colaborado, no poco, al surgimiento de experiencias religiosas entre musulmanes y protestantes. La categoría que ha alcanzado Teresa es de gigante del espíritu que hasta los no creyentes leen sus escritos y hacen de ella una guía en su búsqueda de Dios o la verdad; en otros casos es simplemente un referente para la vida sin implicancia mayor en cosas de fe, pero a lo que ninguno puede renunciar al leerla y considerarla, es precisamente a su vocación al amor. Ahí se encuentra lo medular de su existencia teológica, es decir, en Dios y para los hombres.

III Misionera en la noche de la humanidad

La última etapa de su vida, los 18 últimos meses, se caracterizan por una vivencia profunda de purificación en la fe o lo que también se denomina su noche de la fe. Es una gracia de Dios. Teresa es introducida en esta noche por la voluntad de Dios y experimentará la ausencia de consuelo y gozo en el modo de vivir la fe, realidad por la que se había caracterizado a hasta este momento, donde parece que podía ver y tocar a Dios a través del velo de la fe. Antes de ingresar al Carmelo sus experiencias de fe eran luminosas. “Me parece que recibíamos gracias de un orden tan elevado como las concedidas a los grandes santos. Como dice la Imitación, a veces Dios se comunica en medio de un fuerte resplandor, a veces “tenuemente velado, bajo

sombras y figuras”. De esta manera se dignaba manifestarse a nuestras almas, ¡pero qué fino y transparente era el velo que ocultaba a Jesús de nuestras miradas...! No había lugar para la duda, ya no eran necesarias la fe ni la esperanza: el amor nos hacía encontrar en la tierra al que buscábamos”²⁵.

Fue el la Semana Santa de 1896, después de celebrar las significativas fiestas de Pascua, las más densas tinieblas invaden el espíritu de Teresa. La noche del Jueves Santo, luego de la oración ante el Tabernáculo, se manifiesta en su celda la enfermedad de la tuberculosis. Comienza su martirio tan deseado, pero no como lo había imaginado, sino como Dios lo había dispuesto para ella.

Las páginas más trágicas de su existencia corresponden precisamente a este período de su vida de carmelita descalza y de contemplativa. Podemos encontrar etapas de ingreso en esta noche de la fe. Leer este testimonio es entrar en el alma a oscuras iluminada por una débil, pero no apagada llama de fe. “El año pasado, Dios me concedió el consuelo de observar los ayunos de cuaresma en todo su rigor. Nunca me había sentido tan fuerte, y estas fuerzas se mantuvieron hasta Pascua. Sin embargo, el día de Viernes Santo Jesús quiso darme la esperanza de ir pronto a verle en el cielo... ¡Qué dulce es el recuerdo que tengo de ello...! Después de haberme quedado hasta media noche ante el monumento, volví a nuestra celda. Pero apenas había apoyado la cabeza en la almohada, cuando sentí como un flujo que subía, que me subía borboteando hasta los labios.

Yo no sabía lo que era, pero pensé que a lo mejor me iba a morir, y mi alma se sintió inundada de gozo... Sin embargo, como nuestra lámpara estaba apagada, me dije a mí misma que tendría que esperar hasta la mañana para cerciorarme de mi felicidad, pues me parecía que lo que había vomitado era sangre. La mañana no se hizo esperar mucho, y lo primero que pensé al despertarme fue que iba a descubrir algo muy hermoso. Acercándome a la ventana, pude comprobar que no me había equivocado..., ¡y mi alma se llenó de una enorme alegría! Estaba íntimamente convencida de que Jesús, en el aniversario de su muerte, quería hacerme oír una primera llamada. Era como un tenue y lejano murmullo que me anunciaba la llegada del Esposo...”²⁶. Era la primera manifestación de la tuberculosis que la llevará a la muerte, vómitos de sangre que anuncian su intenso martirio físico.

A pesar de estas primeras manifestaciones de su enfermedad siguió adelante con su vida comunitaria. “Asistí con gran fervor a Prima y al capítulo de los perdones. Estaba impaciente porque me llegara el turno, para, al pedirle perdón, Madre querida, poder confiarle mi esperanza y mi felicidad. Pero añadí que no sufría lo más mínimo (lo cual era muy cierto), y le pedí, Madre, que no me diese nada especial. Y, en efecto, tuve la alegría de pasar el Viernes Santo como deseaba. Nunca me parecieron tan deliciosas las austeridades del Carmelo. La esperanza de ir al cielo me volvía loca de alegría. Cuando llegó la noche de aquel venturoso día, nos fuimos a descansar. Pero, como la noche anterior, Jesús me dio la misma señal de que mi entrada en la vida eterna no estaba lejos...”²⁷. La llamada del Señor la siente cercana,

como si el día de su tránsito a la vida eterna estuviera a la vuelta de la esquina. ¿Dónde quedan todos sus sueños, sus anhelos si la muerte acabará tan pronto con todo?

Luego que manifiesta la enfermedad, vienen las tinieblas del alma a invadirla. Es el asalto de la noche del espíritu que purificará su creer, esperar y amar, su vida teologal, de todo apoyo humano para fiarse sólo de Dios. Es caminar por el desierto en la más completa oscuridad apoyada sólo en la fe, pura y desnuda. Aparecen las tentaciones contra la fe que no la dejarán descansar ni de día ni de noche... ***“Yo gozaba por entonces de una fe tan viva y tan clara, que el pensamiento del cielo constituía toda mi felicidad. No me cabía en la cabeza que hubiese incrédulos que no tuviesen fe. Me parecía que hablaban por hablar cuando negaban la existencia del cielo, de ese hermoso cielo donde el mismo Dios quería ser su eterna recompensa. Durante los días tan gozosos del tiempo pascual, Jesús me hizo conocer por experiencia que realmente hay almas que no tienen fe, y otras que, por abusar de la gracia, pierden ese precioso tesoro, fuente de las únicas alegrías puras y verdaderas. Permitted que mi alma se viese invadida por las más densas tinieblas, y que el pensamiento del cielo, tan dulce para mí, sólo fuese en adelante motivo de lucha y de tormento...Esta prueba no debía durar sólo unos días, o unas semanas: no se extinguirá hasta la hora marcada por Dios..., y esa hora no ha sonado todavía...”***²⁸.

Ese cielo, esa vida eterna, ese Dios tan amado, se ausenta de su vida. Estará presente sólo por medio de la fe, sin consuelos sensibles, a los que tan acostumbrada estaba Teresa. La fe es probada en su alma como oro en el crisol. El cielo se cierra y el velo de la fe que la separa de alcanzarlo, se convierte en un muro inexpugnable. ¿Qué hará la pobre Teresa? Aceptará, cosa impensable para ella, que existen hombres sin fe, ateos, no creyentes, pero lo que más le costará es saberse uno de ellos cuando experimente la ausencia de fe en su existencia. Ella una monja de clausura, una carmelita... era Dios quien la introdujo en la noche, será Dios quien le done la paz muy en el fondo de su alma para resistir. ÉL lo ha dispuesto así...Las noticias de ese mundo de no creyentes le vinieron por las frecuentes visitas que hacía su tío Isidoro Guerin para ver a sus sobrinas en el locutorio del Carmelo. Era el dueño del diario católico de Lisieux y narraba sus luchas contra los otros periódicos no creyentes de la ciudad. Ellos querían el reinado absoluto de la razón por sobre la fe y la Iglesia, considerando a ésta una etapa superada de la sociedad. Era una triste herencia de la Revolución y de la época de la Ilustración.

Teresa nos presenta su mundo interior. ***“Quisiera poder expresar lo que siento, pero, ¡ay!, creo que es imposible. Es preciso haber peregrinado por este negro túnel para comprender su oscuridad. Trataré, sin embargo, de explicarlo con una comparación.***

Me imagino que he nacido en un país cubierto de espesa niebla, y que nunca he contemplado el rostro risueño de la naturaleza inundada de luz y transfigurada por el sol radiante. Es cierto que desde la niñez estoy oyendo hablar de esas maravillas.

Sé que el país en el que vivo no es mi patria y que hay otro al que debo aspirar sin cesar. Esto no es una historia inventada por un habitante del triste país donde me encuentro, sino que es una verdadera realidad, porque el Rey de aquella patria del sol radiante ha venido a vivir 33 años en el país de las tinieblas. Las tinieblas, ¡ay!, no supieron comprender que este Rey divino era la luz del mundo... Pero tu hija, Señor, ha comprendido tu divina luz y te pide perdón para sus hermanos. Acepta comer el pan del dolor todo el tiempo que tú quieras, y no quiere levantarse de esta mesa repleta de amargura, donde comen los pobres pecadores, hasta que llegue el día que tú tienes señalado... ¿Y no podrá también decir en nombre de ellos, en nombre de sus hermanos: Ten compasión de nosotros, Señor, porque somos pecadores...? ¡Haz, Señor, que volvamos justificados...! Que todos los que no viven iluminados por la antorcha luminosa de la fe la vean, por fin, brillar...”²⁹.

Teresa acepta el camino dispuesto por Dios, como su Hijo la humillación de la Pasión y el Calvario³⁰. Ella está en el mundo y envuelta en las mismas tinieblas que no aceptaron la luz verdadera del Padre que es Cristo Jesús³¹. El movimiento espiritual que hace Teresa es admirable, puro ejercicio de vida teologal. No se centra en sí misma, ya sabe lo que sucede en su interior y por tanto mira la realidad que la circunda, la sociedad de su tiempo. Sabe que esa nos es la patria a la que aspira, sueña, quiere, ella se encamina a la ciudad de la que siempre oyó hablar maravillas: la vida eterna que le promete la fe en Dios.

Con Juan evangelista se cuenta entre los que ha conocido la Luz verdadera³², los que viven en las tinieblas no la recibieron, pero ella sí la acepta, porque primero la conoció. Ahí está el valor pedagógico de haber vivido y gozado de una fe luminosa en el pasado. En este camino ya no está sola, se asocia a los no creyentes y pide perdón por ellos. Teresa cual sacerdote eleva su súplica ante el trono de la misericordia divina por ellos. Más aún se cuenta entre los pecadores, como Jesús en su Bautismo³³ o su paso como un esclavo que proclama Pablo a los Filipenses³⁴; acepta comer el pan del dolor de no gozar de la fe y vivir esa noche de oscuridad, donde todo ha desaparecido con tal de anunciar el Evangelio entre ellos.

En ese mundo de no creyentes quiere ejercer la caridad hasta el heroísmo por amor a quien la amó primero. **“¡Oh, Jesús!, si es necesario que un alma que te ama purifique la mesa que ellos han manchado, yo acepto comer sola en ella el pan de la tribulación hasta que tengas a bien introducirme en tu reino luminoso... La única gracia que te pido es la de no ofenderte jamás...”³⁵.** Teresa vive el completo vaciamiento de sí, es su kénosis total de sí misma, su completo abajamiento al mundo donde Dios está ausente en el corazón de los hombres. Se transforma en misionera del amor misericordioso. En la noche de la nada de cara al futuro, una joven carmelita indica, cual faro en noche tormentosa, la ruta a seguir: hacia Dios.

Ahora expresa sus deseos nacidos y criados al amparo de la fe más pura y luminosa. **“Decía que desde niña crecí con la convicción**

de que un día me iría lejos de aquel país triste y tenebroso. No sólo creía por lo que oía decir a personas más sabias que yo, sino porque en el fondo de mi corazón yo misma sentía profundas aspiraciones hacia una región más bella. Lo mismo que a Cristóbal Colón su genio le hizo intuir que existía un nuevo mundo, cuando nadie había soñado aún con él, así yo sentía que un día otra tierra me habría de servir de morada permanente³⁶. ***Hacia esa patria celestial encamina sus pasos, aunque las tinieblas se lo impidan, Teresa sigue caminando. “Pero de pronto, las nieblas que me rodean se hacen más densas, penetran en mi alma y la envuelven de tal suerte, que me es imposible descubrir en ella la imagen tan dulce de mi patria. ¡Todo ha desaparecido...! Cuando quiero que mi corazón, cansado por las tinieblas que lo rodean, descanse con el recuerdo del país luminoso por el que suspira, se redoblan mis tormentos. Me parece que las tinieblas, adoptando la voz de los pecadores, me dicen burlándose de mí: «Sueñas con la luz, con una patria aromada con los más suaves perfumes; sueñas con la posesión eterna del Creador de todas esas maravillas; crees que un día saldrás de las nieblas que te rodean. ¡Adelante, adelante! Alégrate de la muerte, que te dará, no lo que tú esperas, sino una noche más profunda todavía, la noche de la nada***³⁷.

Esa de noche de la nada de la que habla Teresa es la que todavía vive, si se quiere, la sociedad occidental. No esperar nada después de la muerte, sin referente trascendente alguno, hace que el hombre viva ya vacío interiormente. Las altas tasas de suicidios, de personas sumidas en la depresión y otras enfermedades derivan de alguna forma de no tener norte ni referente más que sí mismo. Si todos los deseos los quiere satisfacer esta sociedad de consumo, alcanzarlos y gozarlos, dura el tiempo en que pagas por ellos. Y comienza la búsqueda de satisfacer lo infinito que hay en el hombre por un camino equivocado, lo que hace ininteligible el lenguaje y la forma de acercarse a Dios, como dos ondas que transmiten en distinta frecuencia y hora. La diferencia con la noche de Teresa está en que a pesar de ella, nunca dejó de creer y esperar y amar a Dios, además de reconocer que fue Dios quien la hizo experimentar esta realidad para ser mensajera, profeta y misionera de su amor misericordioso en esa realidad del ateísmo. Teresa quiere ser luz y fe para los que carecen de ella. En cierto sentido Teresa se hace profana, como Jesús, cuando dejó el seno de la Trinidad, para hacerse hermano de los hombres y poner entre nosotros su morada. Teresa deja místicamente su morada para establecerse entre los no creyentes para indicar el camino hacia Cristo y con la antorcha de la fe en sus manos iluminar el camino. La fe de Teresa

En esa noche Teresa teme blasfemar, ofender a Dios. ***“Madre querida, la imagen que he querido darle de las tinieblas que oscurecen mi alma es tan imperfecta como un boceto comparado con el modelo. Sin embargo, no quiero escribir más, por temor a blasfemar... Hasta tengo miedo de haber dicho demasiado...Que Jesús me perdone si le he disgustado. Pero él sabe muy bien que, aunque yo no goce de la alegría de la fe, al menos trato de realizar sus obras. Creo que he hecho más actos de fe de un año a esta***

parte que durante toda mi vida. Cada vez que se presenta el combate, cuando los enemigos vienen a provocarme, me porto valientemente: sabiendo que batirse en duelo es una cobardía, vuelvo la espalda a mis adversarios sin dignarme siquiera mirarlos a la cara, corro hacia mi Jesús y le digo que estoy dispuesta a derramar hasta la última gota de mi sangre por confesar que existe un cielo; le digo que me alegro de no gozar de ese hermoso cielo aquí en la tierra para que él lo abra a los pobres incrédulos por toda la eternidad”³⁸.

Dato fundamental de esta profesión de fe que hace Teresa en este momento, en que si bien no goza de la fe, no deja por ello de realizar las obras que la fe encierra en sí misma. Deja el gozo para cuando Dios quiera regalárselo, con tal de no perder su fe tan arraigada en su vida cristiana. No deja de creer ni esperar en su misericordioso amor, que es lo único que la sostiene al presente. Esto es lo verdaderamente importante y donde se centra el ejercicio de la vida teologal. **“Así, a pesar de esta prueba que me roba todo goce, aún puedo exclamar: «Tus acciones, Señor, son mi alegría» (Sal XCI). Porque ¿existe alegría mayor que la de sufrir por tu amor...? Cuanto más íntimo es el sufrimiento, tanto menos aparece a los ojos de las criaturas y más te alegra a tí, Dios mío. Pero si, por un imposible, ni tú mismo llegases a conocer mi sufrimiento, yo aún me sentiría feliz de padecerlo si con él pudiese impedir o reparar un solo pecado contra la fe...”³⁹.**

La confianza en su Priora le permite señalar que si bien lo que ha escrito en sus poesías pareciera un alma colmada de consuelos, en verdad es lo que quiere alcanzar para ella y sus hermanas, pero la realidad es muy distinta, expresa su noche oscura de la fe que la purifica desde dentro. **“Madre querida, quizás le parezca que estoy exagerando mi prueba. En efecto, si usted juzga por los sentimientos que expreso en las humildes poesías que he compuesto durante este año, debo de parecerle un alma llena de consuelos, para quien casi se ha rasgado ya el velo de la fe. Y sin embargo, no es ya un velo para mí, es un muro que se alza hasta los cielos y que cubre el firmamento estrellado... Cuando canto la felicidad del cielo y la eterna posesión de Dios, no experimento la menor alegría, pues canto simplemente lo que quiero creer. Es cierto que, a veces, un rayo pequeñito de sol viene a iluminar mis tinieblas, y entonces la prueba cesa un instante. Pero luego, el recuerdo de ese rayo, en vez de causarme alegría, hace todavía más densas mis tinieblas”⁴⁰.**

En el mar de tinieblas y dudas, Teresa se aferra a la caridad más heroica y desde ahí vivirá de lo que “quiere creer”. Tiene la voluntad de creer y pondrá todo su empeño en eso que el pasado le era tan natural. En esta etapa final de su historia le hace tomar conciencia real de lo que significa cada artículo del Credo, motivo frecuente de sus meditaciones es en este período, pero que las tinieblas se encargan de poner en duda a cada momento. Aprenderá a vivir la fe día a día, minuto a minuto, en una batalla y en una carrera en subida, asistida siempre por el amor

misericordioso de Dios. El amor divino no dispensa de la lucha, al contrario, dinamiza el final de la carrera. ***“Nunca, Madre, he experimentado tan bien como ahora cuán compasivo y misericordioso es el Señor: él no me ha enviado esta prueba hasta el momento en que tenía fuerzas para soportarla; antes, creo que me hubiese hundido en el desánimo... Ahora hace que desaparezca todo lo que pudiera haber de satisfacción natural en el deseo que yo tenía del cielo... Madre querida, ahora me parece que nada me impide ya volar, pues no tengo ya grandes deseos, a no ser el de amar hasta morir de amor...”***⁴¹.

Teresa reconoce que el Señor la preparó para esta batalla final. Aquí ni Dios ni ella improvisan nada. Dios la ha preparado desde pequeña para hacerla testigo de su amor misericordioso frente a los que no tienen esperanza, para los que no creen, ateos e indiferentes al amor divino. Si Teresa conoció de niña y adolescente la fe y el amor de Dios ha sido para superar, con su vida teologal, esta hora, la prueba de la increencia personal, aprendiendo ahora a creer desde Dios como un don y una responsabilidad. La fe quiere Dios que la reconozca no como suya sino puro don, gracia de su misericordia. Si cree no es por ella sino porque Dios le regala la posibilidad de creer, esperar y amar. Este es el espíritu de pobreza a la que la guía el callado amor de Dios para ser bienaventurada en esta noche de la fe. Fruto de esta experiencia es reconocerse pobre de espíritu.

Aquí hay una clara alusión a la Ofrenda al Amor misericordioso que Teresa realizó el 9 de junio de 1895, raptada en divino amor, luego de la comunión, se ofrece como víctima para que derrame su misericordia sobre sí y ella trabajar para amarlo y hacerlo amar sobre todo los pecadores e indiferentes.

En estos momentos de dolor la Virgen María viene en su ayuda, exactamente como vino en su infancia cuando había perdido a su madre. Fue la sonrisa de María⁴² quien la sanó del cuerpo y del alma, ahora es la comunidad quien manda a celebrar Misas a Paris al Santuario de Nuestra Señora de las Victorias. ***“Madre, lo que más me ha emocionado de todo es la novena que está haciendo a nuestra Señora de las Victorias, son las Misas que ha encargado decir para obtener mi curación. Siento que todos esos tesoros espirituales hacen un gran bien a mi alma. Al empezar la novena, yo le decía, Madre, que la Santísima Virgen tenía que curarme o bien llevarme al cielo, pues me parecía muy triste para usted y para la comunidad tener que cargar con una joven religiosa enferma. Ahora acepto estar toda la vida enferma, si eso le agrada a Dios, y me resigno incluso a que mi vida sea muy larga. La única gracia que deseo es que mi vida acabe rota por el amor”***⁴³. Hay una clara alusión a San Juan de la Cruz y la vida en Dios que ya goza el creyente y la muerte de amor que le brinda Dios, donde todas las riquezas del alma se unen y acompañan la entrada del justo en la vida eterna⁴⁴.

Intuye que su vida en este mundo pronto acabará, sin embargo está dispuesta a que la voluntad divina disponga su futuro. ***“No, no temo una vida larga, no rehusó el combate, pues el Señor es la roca***

sobre la que me alzo, que adiestra mis manos para el combate, mis dedos para la pelea, él es mi escudo, yo confío en él (Sal 143,1-2). Por eso, nunca he pedido a Dios morir joven, aunque es cierto que siempre he esperado que fuera ésa su voluntad”⁴⁵. Se puede comprender su estado de ánimo con lo que el místico San Juan de la Cruz, en verso, supo tan bien expresar: “Mi alma está desasida / de toda cosa criada, / y sobre sí levantada, / y en una sabrosa vida / sólo en Dios arrimada; /por eso ya se dirá / la cosa que más estimo: / que mi alma se ve ya / sin arrimo y con arrimo”⁴⁶.

Finalmente Teresa en una gran síntesis acerca de esta noche de la fe que vive a cada minuto de su existencia estima que Jesucristo se conforma, a veces sólo con los deseos de trabajar para su gloria: amarlo y hacerlo amar, aunque sea en la noche que purifica, hiere y la reviste con sólo el hábito de la vida teologal. Sólo los deseos la acompañan, está desposeída, desnuda de todo, sólo la fe la une a Dios, entre el cielo por alcanzar que ÉL le abrirá y la nada que se hunde a sus pies. Suspendida entre cielo y tierra, en las solas manos de Dios sostenida, arrimada... **“Muchas veces el Señor se conforma con nuestros deseos de trabajar por su gloria, y usted sabe, Madre mía, que mis deseos son muy grandes. También sabe que Jesús me ha presentado más de un cáliz amargo y que lo ha alejado de mis labios antes de que lo bebiera, pero no sin antes darme a probar su amargura”⁴⁷**. La amargura que experimenta Teresa es la falta de fe en el corazón de los hombres de todos los tiempos; falta de fe en el amor de Dios. Será la caridad quien salve a Teresa en esta noche en el sentido que Dios abrirá un inmenso campo en el cual sembrar con su oración contemplativa y la misteriosa fecundidad que ella encierra, la semilla de la fe en tierras de misión.

Quizá sea bueno decir que todo este período de prueba, Teresa lo vivió en la más absoluta normalidad, en lo cotidiano que puede ser la vida de un monasterio de carmelitas hasta que enfermó gravemente. Serán los Manuscritos (A, B, C) quienes descubran mucho de lo vivido por Teresa, sus Poesías, sus Recreaciones piadosas, sus Cartas y Últimas Conversaciones son un claro testimonio de su vida interior. Su última enfermedad, fue la puerta para entrar plenamente en la vida de quien hizo de su existencia un holocausto al divino amor.

IV Maestra de evangelización.

Este tiempo que denominamos prueba de la fe en Teresa dará insospechados frutos de santidad en el campo misional. Ella que estaba sumida en la más profunda crisis de fe, por obediencia y caridad asume ser hermana espiritual de dos jóvenes sacerdotes destinados a la misión. El primero fue el abate Mauricio Bellière (1874 -1907). Será la M. Inés de Jesús quien confíe este hermano espiritual, el 17 de Octubre de 1895. La M. María de Gonzaga, más tarde, será quien le confíe el segundo hermano espiritual, el P. Roulland (1870-1934), el 30 de Mayo de 1896.

La tarea de Teresa en este sentido será orar por ellos para que sean santos misioneros y luego por sus trabajos apostólicos. Uno irá a África y este último a China. Como podemos imaginar Teresa no se

conformó con orar por ellos; realizó un verdadero magisterio espiritual y doctrinal sobre sus almas y su ministerio acompañándoles en espíritu a la misión. Las misivas que se conservan son un testimonio de su amor por las misiones, los misioneros y los paganos llamados a la fe.

Ella narra esta designación de parte de la Priora con mucha alegría interior. ***“Desde hacía mucho tiempo, yo venía deseando algo que me parecía totalmente irrealizable: el de tener un hermano sacerdote. Pensaba con frecuencia que, si mis hermanitos no hubiesen volado al cielo, yo tendría la dicha de verles subir al altar. Pero como Dios los escogió para convertirlos en angelitos, ya no podía esperar ver mi sueño hecho realidad. Y he aquí que Jesús no sólo me ha concedido la gracia que deseaba, sino que me ha unido con los lazos del alma a dos de sus apóstoles, que se han convertido en hermanos míos...Quiero contarle detalladamente, Madre querida, cómo Jesús colmó mi deseo, e incluso lo superó, pues yo sólo deseaba un hermano sacerdote que se acordase de mí a diario en el altar santo.***

Fue nuestra Madre santa Teresa quien, en 1895, me envió como ramillete de fiesta a mi primer hermanito. Estaba yo en el lavadero, muy ocupada en mi faena, cuando la madre Inés de Jesús me llamó aparte y me leyó una carta que acababa de recibir. Se trataba de un joven seminarista que, inspirado por santa Teresa -decía él-, pedía una hermana que se dedicase especialmente a la salvación de su alma y que, cuando fuese misionero, le ayudase con sus oraciones y sacrificios a salvar muchas almas. Por su parte, él prometía tener siempre un recuerdo por la que fuese su hermana cuando pudiera ofrecer el santo sacrificio. Y la madre Inés de Jesús me dijo que quería que fuese yo la hermana de ese futuro misionero.

Imposible, Madre, decirle la dicha que sentí. El ver mi deseo colmado de manera inesperada hizo nacer en mi corazón una alegría que yo llamaría infantil, pues tengo que remontarme a los días de mi niñez para encontrarme con el recuerdo de unas alegrías tan intensas que el alma es demasiado pequeña para contenerlas.

Hacía muchos años que no saboreaba esta clase de felicidad. Sentía que, en ese aspecto, mi alma estaba sin estrenar. Era como si alguien hubiese pulsado por primera vez en ella unas cuerdas musicales hasta entonces olvidadas. Sabía las obligaciones que asumía, así que puse manos a la obra, tratando de redoblar mi fervor. Tengo que confesar que al principio no conté con ningún consuelo que estimulara mi celo. Mi hermanito, tras escribir una carta preciosa, muy emotiva y llena de nobles sentimientos, para darle las gracias a la madre Inés de Jesús, no dio más señales de vida hasta el mes de julio siguiente, excepto una tarjeta que envió en el mes de noviembre para decirnos que se incorporaba al servicio militar”⁴⁸.

Al P. Bellière le dirige once misivas entre el 21 de Octubre de 1896 y el 25 de Julio de 1897. Fueron seis años de misión que llevó a cabo en Nyassa, África, donde ejerció su ministerio desde que se ordenó en

1901. En 1906 vuelve a Francia y muere al año siguiente debido a una grave enfermedad contraída en la misión. No se conocieron en vida.

También dejó Teresa escrito el momento en que se le encomendó los intereses espirituales del otro misionero: el P. Adolfo Roulland. ***“Recuerdo que el año pasado, un día de finales del mes de mayo, usted me mandó llamar antes de ir al refectorio. Cuando entré en su celda, Madre querida, me latía muy fuerte el corazón; me preguntaba a mí misma qué sería lo que tenía que decirme, pues era la primera vez que me mandaba llamar de esa manera. Después de decirme que me sentara, me hizo esta propuesta: «¿Quieres encargarte de los intereses espirituales de un misionero que se va a ordenar de sacerdote y que partirá dentro de poco»? Y a continuación, me leyó la carta de ese joven Padre para que supiera exactamente lo que pedía. Mi primer sentimiento fue un sentimiento de alegría, que inmediatamente dio paso al de miedo. Yo le expliqué, Madre querida, que, al haber ofrecido ya mis pobres méritos por un futuro apóstol, no creía poder ofrecerlos también por las intenciones de otro, y que, además, había muchas hermanas mejores que yo, que podrían responder a sus deseos.***

Todas mis objeciones fueron inútiles. Usted me contestó que se podían tener varios hermanos. Entonces yo le pregunté si la obediencia no podría duplicar mis méritos. Usted me respondió que sí, añadiendo varias razones que me hicieron ver que debía aceptar sin ningún escrúpulo un nuevo hermano. En el fondo, Madre, yo pensaba igual que usted. Es más: ya que «el celo de una carmelita debe abarcar el mundo entero», espero, con la gracia de Dios, ser útil a más de dos misioneros y nunca me olvidaré de rezar por todos, sin dejar de lado a los simples sacerdotes, cuya misión es a veces tan difícil de cumplir como la de los apóstoles que predicán a los infieles⁴⁹.

Al P. Roulland le escribe seis cartas y ocho billetes. Pintó para él una palia con su lema favorito: Misericordias Domini in aeternum cantabo. La visitó en el Carmelo de Lisieux, el 3 de Julio de 1896. Al mes siguiente se embarcó para China, para volver a Paris en 1909, y asumir como Rector del Seminario de Misiones Extranjeras. Depuso en el Proceso canónico de Teresa en 1911 y 1917. Muere el 12 de Junio de 1934.

¿Qué podía enseñarles una monja de clausura, a estos jóvenes entusiasmado con la misión de evangelizar? Ciertamente Teresa hizo de maestra espiritual y de guía en la tarea de la evangelización.

a.- El primado de la oración

Lo primero que llama la atención es el primado de Dios en la obra evangelizadora, y más concretamente, el tema de la oración. La salvación de las almas es parte esencial del carisma carmelitano. ***“El apostolado de la oración ¿no es, por así decirlo, más elevado que el de la palabra? Nuestra misión, como carmelitas, es la de formar trabajadores evangélicos, que salven a millares de de almas, cuyas madres seremos nosotras?”⁵⁰.*** Teresa, siendo novicia, intuye que la

misión de la carmelita no es sólo orar y contemplar sino que esa actividad tan propia debe estar imbuida de la dimensión apostólica. Es sembrar a manos llenas en el campo de la humanidad para que el Espíritu Santo fecunde esas semillas esparcidas por la oración donde son más necesarias que fructifiquen con la gracia y el calor del amor divino. La tarea evangelizadora la considera una participación en la misión de Jesús, porque siente que la ama, comparte con ella su misión. ***“Un día, mientras pensaba qué podría para salvar almas unas palabras del Evangelio me llenaron de luz. Una vez, Jesús decía a sus discípulos: mostrándoles los campos de mieses maduras: “Levantad los ojos y contemplad los campos, que ya están ya blancos para la siega”. Y un poco más tarde: “La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogado, pues al Señor de la mies que mande trabajadores” ¡Qué gran misterio...! ¿No es Jesús todopoderoso?... ¡Ah! es que Jesús siente por nosotras un amor tan incomprensible, que quiere que tengamos parte con él en la salvación de las almas. ÉL no quiere hacer nada sin nosotras”***⁵¹.

Al P. A. Roulland le escribe la dicha que significa colaborar con él en la misión apostólica que emprenderá: ***“Me sentiré verdaderamente feliz de trabajar con usted en la por la salvación de las almas. Por eso me hice carmelita: al no poder ser misionera por la acción, quise serlo por el amor y la penitencia como Santa Teresa, mi seráfica Madre...Le ruego, Reverendo Padre, que pida para mí a Jesús, el día en que se digne bajar del cielo por vez primera al conjuro de su voz, que le pida que me abrase con el fuego de su amor para que luego pueda yo ayudarlo a usted a encenderlo en los corazones”***⁵². Juntos van a emprender la oración por la misión, juntos va a misionar: él por la acción, ella desde el amor y el sacrificio. En parecidos términos se dirige al P. Belliere al momento de comenzar con él su misión de hermana espiritual. Había sufrido una fuerte tentación haciendo su servicio militar y gracias a las oraciones de Teresa había vuelto la calma a su vida: ***“Y ya que usted le ha concedido la gracia de salir victorioso de la lucha, espero señor abate, que el buen Jesús hará realidad sus grandes deseos. Yo le pido que usted sea, no solamente un buen misionero, sino un santo totalmente abrasado de amor a Dios y a las almas. Y le suplico que me alcance también a mí ese amor, a fin de poder ayudarlo en su labor apostólica. Usted sabe que la carmelita que no fuese apóstol se apartaría de la meta de su vocación y dejaría de ser hija de la seráfica santa Teresa, la cual habría dado con gusto mil vidas por salvar una sola alma”***⁵³.

Aquí se da un admirable intercambio. Ella le pide oraciones a él para que ella pueda cumplir su misión. Es una clara invitación a hacer del misionero un hombre de profunda vida de oración no sólo para que se fortalezca desde dentro, sino para animar a los que van a ser evangelizados. La primera que necesitas ser renovada en su fortaleza es Teresa, porque no sólo va compartir su misión, sino que va a ser el apoyo humano y espiritual donde Dios asiente su fecundidad apostólica para que germine esta empresa. La referencia a S. Teresa de Jesús y su preocupación por la Iglesia y la salvación de las almas, viene porque

bien sabe Teresa que fue en Francia donde los cristianos sufrieron la persecución de los protestantes. En el tiempo que escribe, siglo XIX, son los ateos e indiferentes, la gran preocupación de la joven carmelita

Según Teresa, es a los contemplativos a quienes Jesús les dirige una llamada especial: ***“Nuestra vocación no consiste en ir a segar en los campos de mieses maduras. Jesús no nos dice: “Bajad los ojos, mirad los campos e id a segar”. Nuestra misión es más sublime todavía. He aquí las palabras de nuestro Jesús: “Levantad los ojos y mirad”. Mirad cómo en el cielo hay sitios vacíos, a vosotras os toca llenarlos, vosotras sois mis Moisés orando en la montaña, pedidme trabajadores y yo los enviaré, no espero más que una oración, un suspiro de vuestro corazón...”***⁵⁴. Dirigiéndose al P. Roulland y en él a todos los misioneros propiamente tal lo invita a imitar a Josué: ***“Al igual que Josué, usted combate en la llanura, y yo soy su pequeño Moisés, y mi corazón está elevado incesantemente hacia el cielo para alcanzar la victoria. Mas que digno de compasión sería mi hermano si Jesús mismo no sostuviese los brazos de su Moisés...! Pero con la ayuda de la oración que usted dirige por mí a diario al divino Prisionero del Amor, espero que nunca será digno de compasión, y que después de esta vida, durante la cual los dos habremos sembrado juntos con lágrimas, nos volveremos a encontrar felices, llevando gavillas en las manos”***⁵⁵.

Es de destacar el espíritu de pobreza espiritual y humildad de parte de Teresa de cara a este desafío, pero también es de alabar la pedagogía que usa para introducir a los dos misioneros que les han sido confiados en la dimensión contemplativa de su vida. Ellos y Teresa serán misioneros pero también serán profundamente contemplativos si quieren fecundidad para sus empresas misionales. Se da un admirable intercambio de bienes espirituales de oración y sacrificio⁵⁶, armas que ofrece para combatir el buen combate de la fe y la propagación del reino de Dios en el corazón de los hombres, sobre todo en tierras de misión. Como sabe lo que quiere le propone una oración propia: “Me dice usted que reza también mucho por su hermana. Ya que me hace esta caridad, me gustaría mucho rezase todos los días esta oración en la que se encierran todos mis deseos: Padre misericordioso, en el nombre de nuestro buen Jesús, de la Virgen María y de los santos, te suplico que abrases a mi hermana en tu Espíritu de amor y que le concedas la gracia de hacerte amar...”⁵⁷. Viendo cercano su fin quiere continuar ayudando después de su partida a la vida eterna⁵⁸.

b.- Ser y estar en la Iglesia.

La vida contemplativa en la Iglesia no se comprende mientras no se la vive. Ante las sabidas incomprendiones Teresa busca una respuesta, la encuentra y la propone a modo de definición.

Ella tenía muy clara su vocación de contemplativa: carmelita, esposa de Jesús y madre de las almas. Era la felicidad por la que había dejado todo en esta vida. Sin embargo, siente en su corazón todas las vocaciones para servir en todas ellas a Jesucristo y a la Iglesia. Pero es consciente, que es imposible ver hecho realidad su deseo de asumirlas

todas. Hay que escoger, y hace una lectura eclesial de Pablo y descubre el mejor carisma: la caridad le da la clave de su ser en la Iglesia. Será el amor. Comprende que el amor encierra todas las vocaciones, abarca todos los tiempos y lugares...es eterno. **“Entonces en el exceso de mi alegría exclamé: ¡Oh Jesús, amor mío!...Por fin he hallado mi vocación. ¡Mi vocación s el amor”** 59.

Teresa descubre su lugar y el sentido pleno de su vocación en la Iglesia. Se trata del ser y del estar en la Iglesia, plenamente asumidos como vocación y como misión desde el amor. Es el amor quien configura toda vocación en la Iglesia y convierte la misión en servicio que transforma la existencia del discípulo.

Sabida la noticia habrá que pensar el cómo realizarla. ¿Como ser el amor en el corazón de la Iglesia? ¿Cómo influirá en la Iglesia su existir contemplativo? ¿Cómo llegará a todos los miembros del Cuerpo místico de Cristo? Son interrogantes que pasaron por el corazón orante de Teresa; la respuesta estaba en el amor que todo lo transforma. Será la unión con Jesucristo quien logre este objetivo: ser el amor en el corazón de la Iglesia. Su conversión, su transformación o configuración con Cristo llegará a todos son gracias y bendiciones que misteriosamente también transforman la vida de todos los miembros del Cuerpo. No hay que preguntarse el cómo se distribuye la savia en el árbol, sino producir esa savia que es oxígeno puro para la vida del creyente. Comprende que el Señor no la llama a predicar la Palabra sino a transformar personalmente la Iglesia desde dentro, desde su interior con su propia conversión: purificar, santificar, transformar la comunidad eclesial. Primero porque ella es miembro de la Iglesia y luego toma posición en el espacio que le corresponde en esa Iglesia que ama apasionadamente. Ese sitio se lo tiene reservado el propio Jesús, así como les asignó el suyo, a los misioneros en las tierras por evangelizar.

Convertir el propio corazón, la propia vida por el amor supone trabajar por mantenerlo con buena salud. “El amor de Dios es la salud del alma”, enseña San Juan de la Cruz⁶⁰. Un corazón con buena salud, es decir, puro de toda enfermedad, lleva la propia salud al resto del cuerpo; es la savia nueva del amor de Cristo Resucitado que comunica la vida nueva, vida en abundancia a todo el cuerpo eclesial. Si ese amor está en el corazón, cada pulsación de este miembro, del contemplativo en este caso, su eco llega a toda la Iglesia universal. Se da una comunicación que enriquece a todos los miembros por medio del amor; es la “comuni3n de los santos” que profesamos en el Credo.

El contemplativo entonces desde su atalaya, el corazón de la Iglesia, llega al centro de la humanidad en vuelo de amor y de vida para todos los creyentes y desde él sube su oraci3n al trono de Dios Padre, por medio del Hijo en el amor del Esp3ritu Santo.

c.- Perseverar en esta vocaci3n.

Desde la perspectiva de la comuni3n de los santos, Teresa, establece una verdadera red de oraci3n para perseverar en la propia vocaci3n y pedir por intenciones de aquellos que ama. Recurre al Cantar de los cantares donde comprende las palabras: **“Atr3eme,**

correremos... ¡Oh Jesús! No es, pues, ni necesario decir: ¡Al atraerme a mí, atrae también a las almas que amo! Esta simple palabra: “Atráeme” basta”⁶¹. La íntima comunión con Jesús hace que quien se acerque a ÉL lleva consigo a muchas almas tras de sí, principalmente a las que más ama y se encomiendan a sus oraciones. Si llena de Dios eso se comunica por medio del testimonio de vida y de la propia oración si la entendemos como comunión de bienes espirituales. “Lo entiendo, Señor, cuando un alma se ha dejado fascinar por el perfume embriagador de tus perfumes, ya no puede correr sola, todas las almas que ama se ven arrastradas tras de ella. Y eso se hace sin tensiones, sin esfuerzos, como una consecuencia natural de su propia atracción hacia ti. Como un torrente que se lanza impetuosamente hacia el océano arrastrando tras de sí todo lo que encuentra a su paso, así, Jesús mío, el alma que se hunde en el océano sin riberas de tu amor, atrae tras de sí todos los tesoros que posee...”⁶².

Estar unido al Señor Jesús es la clave para vivir la propia vocación al amor y para que este amor goce de buena salud. Unirse a Jesús para purificar el amor de toda sombra de egoísmo es justo y necesario. **“Madre, creo necesario darle alguna explicación más sobre aquel pasaje del Cantar de los Cantares: «Atráeme y correremos», pues me parece que no quedó muy claro lo que quería decir. «Nadie puede venir a mí, dice Jesús, si no lo trae mi Padre que me ha enviado». Y a continuación, con parábolas sublimes -y muchas veces incluso sin servirse de este medio, tan familiar para el pueblo-, nos enseña que basta llamar para que nos abran, buscar para encontrar, y tender humildemente la mano para recibir lo que pedimos...Dice también que todo lo que pidamos al Padre en su nombre nos lo concederá. Sin duda, por eso el Espíritu Santo, antes del nacimiento de Jesús, dictó esta oración profética: Atráeme y correremos.¿Qué quiere decir, entonces, pedir ser atraídos, sino unirnos de una manera íntima al objeto que nos cautiva el corazón? Si el fuego y el hierro tuvieran inteligencia, y éste último dijera al otro «Atráeme», ¿no estaría demostrando que quiere identificarse con el fuego de tal manera que éste lo penetre y lo empape de su ardiente sustancia hasta parecer una sola cosa con él?”⁶³. Queda claro que Teresa es buena hija de Santa Teresa de Jesús⁶⁴ que invita a sus hijos a buscar siempre este amor puro en el “camino de perfección” que encierra la vida religiosa en el Carmelo. Amor que se entiende por la sola persona de Dios, no por lo que nos pueda dar. Amar a Dios sólo por lo que el Es y no por lo que me pueda dar o pueda recibir de su bondad. Y si se trata de buscar paternidad espiritual, Teresa también es eximia hija de San Juan de la Cruz, en cuyas palabras encontró un verdadero alimento espiritual: “Porque es más precioso delante de Dios y del alma un poquito de este puro amor y más provecho hace a la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas esas otras obras juntas”⁶⁵.**

Vuelve al tema del amor como la razón de su existir teológico y por ello luego de purificar su corazón de todo afecto desordenado llega afirmar: **“Ahora no tengo ya ningún deseo, a no ser el de amar a**

Jesús con locura... Tampoco deseo ya ni el sufrimiento ni la muerte, aunque sigo amándolos a los dos. Pero es el amor lo único que me atrae... Ahora sólo me guía el abandono, ¿no tengo ya otra brújula...!⁶⁶. Es consiente de su pequeñez e imperfección pero es el amor quien la impulsa a subir las cumbres de la perfección en el amor: ***“Sí, madrina querida, ante un lenguaje como éste, sólo cabe callar y llorar de agradecimiento y de amor... Si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas las almas, el alma de tu Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cima de la montaña del amor, pues Jesús no pide grandes hazañas, sino únicamente abandono y gratitud, como dijo en el salmo XLIX: “No aceptaré un becerro de tu casa ni un cabrito de tus rebaños, pues las fieras de la selva son mías y hay miles de bestias en mis montes; conozco todos los pájaros del cielo... Si tuviera hambre, no te lo diría, pues el orbe y cuanto lo llena es mío. ¿Comeré yo carne de toros, beberé sangre de cabritos?... Ofrece a Dios sacrificios de alabanza y de acción de gracias” He aquí, pues, todo lo que Jesús exige de nosotros. No tiene necesidad de nuestras obras, sino sólo de nuestro amor. Porque ese mismo Dios que declara que no tiene necesidad de decirnos si tiene hambre, no vacila en mendigar un poco de agua a la Samaritana. Tenía sed... Pero al decir: «Dame de beber», lo que estaba pidiendo el Creador del universo era el amor de su pobre criatura. Tenía sed de amor...”***⁶⁷.

Luego de descubrir su vocación en la Iglesia se atreve, con santa osadía, a preguntarse: ***“¿Pero hay de verdad puro amor en mi corazón...? Mis inmensos deseos ¿no serán un sueño, una locura...? ¡Ay!, si así fuera, dame luz tú, Jesús. Tú sabes que busco la verdad... Si mis deseos son temerarios, hazlos tú desaparecer, pues estos deseos son para mí el mayor de los martirios... Sin embargo, Jesús, siento en mi interior que, si después de haber ansiado con toda el alma llegar a las más elevadas regiones del amor, no llegase un día a alcanzarlas, habré saboreado una mayor dulzura en medio de mi martirio, en medio de mi locura, que la que gozaría en el seno de los gozos de la patria; a no ser que, por un milagro, me dejes conservar allí el recuerdo de las esperanzas que he tenido en la tierra. Así pues, déjame gozar durante mi destierro las delicias del amor... Jesús, Jesús, si tan delicioso es el deseo de amarte, ¿qué será poseer al Amor, gozar del Amor...? ¿Cómo puede aspirar un alma tan imperfecta como la mía a poseer al Amor, gozar del Amor...?”***⁶⁸.

Finalmente, en la síntesis que supuso su enfermedad y la noche de la fe, al final de su vida, Teresa descubre con agrado, que en su vida, a Dios, no ha hecho otra cosa que darle, amor verdadero, convertido en obras de caridad para su prójimo⁶⁹. Amar a Jesús, amar es su misión en la Iglesia, con ello crece su vida teologal, lo que purifica no sólo su experiencia de Dios, sino que también purifica a toda la comunidad eclesial, a sus hermanas, los misioneros, etc. Es el tiempo de contemplar toda su existencia desde la relación que Jesús estableció con ella, y la que más tarde por este motivo establece Teresa con su

prójimo. Quiere ser llama viva del amor de Cristo. A su Madre Priora le confiesa: **“Madre querida, ésa es mi oración. Yo pido a Jesús que me atraiga a las llamas de su amor, que me una tan íntimamente a él que sea él quien viva y quien actúe en mí. Siento que cuanto más abrase mi corazón el fuego del amor, con mayor fuerza diré “Atráeme”; y que cuanto más se acerquen las almas a mí (pobre trocito de hierro, si me alejase de la hoguera divina), más ligeras correrán tras los perfumes de su Amado. Porque un alma abrasada de amor no puede estarse inactiva. Es cierto que, como santa María Magdalena, permanece a los pies de Jesús, escuchando sus palabras dulces e inflamadas. Parece que no da nada, pero da mucho más que Marta, que anda inquieta y nerviosa con muchas cosas y quisiera que su hermana la imitase. Lo que Jesús censura no son los trabajos de Marta....lo que quisiera corregir es la inquietud de su ardiente anfitriona”**⁷⁰.

Enferma, crucificada por el dolor de la tuberculosis, no por eso deja de ser contemplativa y misionera, sabe que sin poder hacer nada, no se arredra en su vocación, porque el amor y la fortaleza con que acepta la voluntad de Dios se expande a todo el cuerpo eclesial: **“Nada me para entre las manos. Todo lo que tengo y todo lo que gano es para la Iglesia y para las almas. Aun cuando llegue a vivir 80 años, seguiré siendo así de pobre”** ⁷¹. Toda su santidad en esos momentos consiste en hacer la voluntad de Dios, si debe estar así todo el tiempo que ÉL disponga ella no se opondrá, más aún ni siquiera pedirá cambie su futuro⁷².

Así y todo, Teresa ilumina el camino de contemplativos y activos y de quienes sientan la vocación a estos servicio en la Iglesia, descubriendo las exigencias y renuncias a las que debe enfrentarse: renuncia a los bienes materiales, a una familia, al éxito profesional etc. Todo esto se sobrelleva una comenzado el camino. Lo difícil es mantenerse en esta vocación viviendo de pura fe, visiblemente monótona, si no es sostenida por el Espíritu Santo y muchas veces sin compensaciones humanas. Con una mirada profundamente teologal anima a quien siente la vocación a la vida contemplativa o a la misión, advirtiéndole que la dureza de este tipo de vocación y el sacrificio que conlleva lo mira Jesús, lo conoce, no el mundo. “El martirio más doloroso y el más amoroso es el nuestro, pues sólo Jesús lo ve. Nunca será revelado a las criaturas en la tierra; pero cuando el Cordero abra el libro de la vida, ¡cuál no será el asombro en la corte celestial al oír proclamar, junto al nombre de los misioneros y de los mártires, el de unos pobres niñitos que nunca hicieron hazañas deslumbrantes...!”⁷³. La imagen del niño del Evangelio es la de quien depende en todo de sus padres, simboliza la pobreza de espíritu y el abandono. Teresa se refleja en esta imagen y hace de ella un símbolo del abandono y pobreza de quien se sabe pequeño, pero que aspira a una meta sublime: ser contemplativo, ser misionero... ¿Cómo lo hará desde su pequeñez y pobreza de espíritu? Lo primero reconoce su saber estar en la Iglesia: **“Pues bien, yo soy la HIJA de la Iglesia, y la Iglesia es Reina, pues es tu Esposa, oh, divino Rey de reyes...No son riquezas ni gloria (ni siquiera la gloria del cielo) lo que pide el corazón del niño... El**

entiende muy bien que la gloria pertenece a sus hermanos, los ángeles y los santos... La suya será un reflejo de la que irradia de la frente de su madre. Lo que él pide es el amor... No sabe más que una cosa: amarte, Jesús... Las obras deslumbrantes le están vedadas: no puede predicar el Evangelio, ni derramar su sangre... Pero ¿qué importa?, sus hermanos trabajan en su lugar, y él, como un niño pequeño, se queda muy cerquita del trono del Rey y de la Reina y ama por sus hermanos que luchan... ¿Pero cómo podrá demostrar él su amor, si es que el amor se demuestra con obras? Pues bien, el niño arrojará flores, aromará con sus perfumes el trono real, cantará con su voz argentina el cántico del amor... Sí, Amado mío, así es como se consumirá mi vida... No tengo otra forma de demostrarte mi amor que arrojando flores, es decir, no dejando escapar ningún pequeño sacrificio, ni una sola mirada, ni una sola palabra, aprovechando hasta las más pequeñas cosas y haciéndolas por amor....⁷⁴. El mismo año 1896, Teresa escribe acerca de su misión haciendo alusión al niño que lo único que sabe hacer es amar, símbolo del contemplativo: “¡Qué hermosa la vocación del niño! No es sólo una misión la que tiene que evangelizar, sino todas las misiones. ¿Y cómo lo hará? Amando...arrojando flores a Jesús...y comunicándole valor inapreciable, las arrojará a su vez por las riberas del mundo y salvará a las almas con el amor del niño, que no verá nada...Un niño misionero y guerrero, ¡qué maravilla!”⁷⁵.

Si vocación en la Iglesia es ser el amor, ese amor de Dios es eterno⁷⁶ por lo tanto su misión no termina en esta vida sino que continúa en la eternidad.

V Misionera desde el reino de los cielos

Eterno el amor, su irradiación no conoce ni espacio ni tiempo, siempre estará para saciar el ansia de felicidad que hay en lo profundo del corazón del hombre. Teresa continuará su misión desde arriba, desde el reino de Dios, su amado. Al P. Belliere le pide comunión de oración una vez que ella ya no esté en este mundo: “Usted me ha prometido rezar por mí durante toda su vida, que sin duda, será más larga que la mía...Si el Señor me lleva pronto con él, le pido que continúe rezando todos los días esa breve oración, pues en el cielo desearé lo mismo que deseo ahora en la tierra: amar a Jesús y hacerle amar...le confieso que si en el cielo no pudiese seguir trabajando por su gloria, preferiría el destierro a la patria”⁷⁷. Al otro misionero amigo, el P. Roulland le advierte que quizás cuando reciba esta carta, ella ya no esté en este mundo; es necesario señalar, que el P. Roulland había emprendido su viaje a China el 2 de Agosto de 1896 y la carta es del año siguiente, es decir, del 13 de Julio de 1897. Pero ella no abandonará por ello su misión de ayudarle en su tarea evangelizadora. ***“Puede estar seguro, hermano, de que su hermanita mantendrá sus promesas, y que su alma,...volará feliz hacia las lejanas regiones que usted está evangelizando. Lo sé, hermano mío: le voy a ser mucho más útil en el cielo que en la tierra; por eso vengo, feliz, a anunciarle mi ya próxima entrada en esa bienaventurada ciudad, segura de que usted compartirá mi alegría y dará gracias al Señor***

por darme los medios de ayudarlo a usted más eficazmente en sus tareas apostólicas. Tengo la confianza de que no voy a estar inactiva en el cielo. Mi deseo es seguir trabajando por la Iglesia y por las almas. Así se lo pido a Dios, y estoy segura de que me va a escuchar” 78.

Teresa de Lisieux, también es conocida como la santa de los inmensos deseos⁷⁹, por las muchas aspiraciones que nacen en su alma de cristiana y contemplativa en el Carmelo y de apóstol aguerrido. Como presiente que su vida acabará en plena juventud quiere continuar con esas mismas fuerzas trabajando por la extensión del Reino de Dios y es entonces cuando proyecta sus deseos para la vida eterna con quienes le pueden ayudar aquí en la tierra. Desconociendo su futuro le escribe al P. Belliere: “Le prometo seguir siendo su hermanita allá arriba en el cielo. Nuestra unión lejos de romperse, se hará más estrecha todavía; allí ya no habrá ni clausura ni rejas, y mi alma podrá volar con usted a las lejanas misiones. Nuestros papeles seguirán siendo los mismos; el suyo, las armas apostólicas, el mío, la oración y el amor...”⁸⁰. Haciendo alusión a los deseos de S. Teresa de Jesús que estaría en el Purgatorio hasta el día del juicio si con su oración salvara aunque fuera una sola alma lo estaría, le escribe al P. Roulland. “Estas palabras hallan eco en mi corazón: quisiera salvar almas y olvidarme por ellas de mí misma, quisiera salvarlas aún después de mi muerte. Por eso me sentiría feliz de que usted, en lugar de la oración que reza por mí, y que se verá realizada para siempre, dijese: “Dios mío, permite a mi hermana que siga haciéndote amar”. Si Jesús le escucha, yo sabré testimoniarle mi gratitud...”⁸¹.

La joven Teresa se siente hermana y confidente del P. Belliere, como lo fue en el pasado, Sta. Margarita María Alacoque y el Bto. Claudio de la Colombière que el Corazón de Jesús unió a Sí los dos corazones, supliendo con sus infinitas riquezas, la pobreza de ambos; así ella se alegra de la misión que le sido confiada: ser la hermana de los apóstoles. Se reconoce, no un alma grande sino pequeña e imperfecta, por eso procura hacer de su vida un continuo acto de amor. Él pide la gracia del martirio, ella también la ha pedido, pero no le ha sido dado más que el martirio del amor; además ilustrando con su ejemplo le cuenta que ella, Teresa, quiso ser otra Juana de Arco, llamada a grandes hazañas y victorias, mas en el Carmelo ha comprendido que su misión no es coronar a nadie en la tierra, “sino que la de hacer amar al Rey del cielo, la de someterle los corazones”⁸².

Comparte su experiencia de vida espiritual y le enseña su camino todo hecho de confianza y amor al P. Roulland, a quien ve sellado por la cruz desde el comienzo de su apostolado en China, por los peligros que él narra en sus epístolas, y debe enfrentar cada día. Esto le da pie para confirmarle rotundamente que los misioneros tienen madera de mártires de deseo y con la voluntad de serlo si se presenta la oportunidad, más aún les asegura que no conocerán las penas del purgatorio. A ella no le van los tratados espirituales, le fatigan, no así la Escritura que ilumina su senda de perfección para abandonarse en los brazos de Dios. Vislumbra su morada en el cielo unida a la del P. Roulland, para participar de la

gloria de un conquistador de almas. Concluye su epístola haciéndose muy cercana a su hermano misionero: ***“Mientras esperamos la eternidad que dentro de poco se abrirá para nosotros, pues la vida no es más que un día, trabajaremos juntos por la salvación de las almas. En efecto, el cero por sí solo no tiene valor, pero colocado junto a la unidad se hace poderoso, ¡con tal de que se lo coloque en el lugar debido, detrás y no delante...! Y ahí precisamente es donde Jesús me ha colocado a mí, y espero estar ahí siempre, siguiéndole a usted de lejos con la oración y el sacrificio...Le ruego, pues, hermano, que envíe su bendición a este cero que Dios ha colocado a su lado”*** ⁸³.

Teresa, luego de leer la carta que el P. Belliere le envió con motivo de su viaje a Argel e ingreso al noviciado, le anima a ser santo, “no puede ser santo a medias, tendrá que serlo del todo o no serlo en absoluto. Comprendí que usted debía de tener un alma valiente, y por eso me sentí feliz de ser su hermana”⁸⁴. En esa larga epístola hace memoria de los mejores años de su vida desperdiciados, se siente convertido por el Corazón de Cristo y su amor por el pecador. Sin embargo ese amor le asusta, pues no se considera digno de tanta misericordia. Teresa le coloca el símil de la pecadora que con sus lágrimas limpió los pies de Jesús en casa del publicano, que comprendió los abismos de amor y misericordia, que no sólo la perdona sino que está dispuesto a elevarla a su intimidad divina y a la más alta contemplación. Ella le confiesa que desde que le ha concedido comprender el amor del corazón de Cristo, él ha desterrado todo temor de su corazón. Si bien sus culpas la humillan ella lanza con confianza filial esas faltas en la hoguera del corazón de Jesús, son consumidas para siempre. Lo exhorta a caminar por su mismo camino de confianza y amor ya que Dios ha dispuesto que trabajen juntos. Sabe por experiencia que él avanzará más por su caminito que por el de la penitencia y expiación de sus culpas pasadas⁸⁵.

A pocos meses de su partida a la vida eterna Teresa le promete, siempre escribiendo al P. Bellière que si ya está en el cielo, “estaré muy cerca de él, veré todo lo que necesita y no dejaré en paz a Dios hasta que me conceda todo lo que quiero...Cuando mi hermanito querido parta para África, yo le seguiré, y ya no con el pensamiento y la oración: mi alma estará siempre con él, y su fe le hará descubrir la presencia de su hermanita que Jesús le dio, no para que le sirviera de apoyo durante apenas dos años, sino hasta el último día de su vida”⁸⁶. La misma promesa de asistirlo en las tierras que evangeliza en China le hace Teresa al P. Roulland, será mejor la ayuda que le brinde desde la eternidad y le asegura que orará allí la palma del martirio para él y le espera con todas las almas que con su predicación ha conquistado para el reino de Dios⁸⁷.

Muy afectado quedó el P. Bellière con la noticia que la M. Gonzaga le envió respecto a la salud de Teresa y su futuro desenlace. La felicidad del cielo que presume el P. Bellière causa alegría en Teresa, sin saber que sólo es causa de tormento por la noche de la fe que vive; su único consuelo es saber que está haciendo la voluntad de Dios. Tomando las

palabras de Jesús en la última cena, “os conviene que yo me vaya...volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría”⁸⁸, la tristeza del misionero se convertirá en alegría que nadie le podrá arrebatarse. Le enseñará desde la vida eterna, a navegar en el mar tormentoso del mundo que con fía en su Padre celestial. Considera a su hermano misionero su alma gemela y está llamado a subir hasta Dios por el ascensor del amor y no por la escalera del temor. Le exhorta a la confianza y al amor en Dios Padre... “en vez de perderme me va a encontrar y de que yo nunca yo lo abandonaré...Esté seguro de que por toda la eternidad seré su verdadera hermanita”⁸⁹.

En la penúltima epístola que le escribe a Teresa el P. Bellière deja ver su preocupación por esa partida de Teresa al cielo y la eficacia de su acción en la obra misionera que emprenderá dentro de poco tiempo. Los consejos de la Santa son apreciar la amistad que los une más allá de su partida al cielo y que compartirá con él el maná escondido⁹⁰, alimento espiritual muy superior a lo hasta ahora ha podido compartir con él en esta vida. Teresa, recurre a la imagen de las cebollas de Egipto que los hebreos extrañaban en el desierto frente al maná concedido por Dios a su pueblo.

Le enseña a tener su corazón en el cielo donde está Jesucristo, para no apegarse a nada en la tierra. ***“Dónde está tu corazón, allí está tu corazón”⁹¹ ¿Y no es Jesús su único tesoro? Pues si él está en el cielo, allí debe morar su corazón. Y se lo digo con toda sencillez, querido hermanito: me parece que le va a ser más fácil vivir con Jesús cuando yo esté ya junto a él para siempre”⁹²***. Con esto le advierte que su misión continuará en el cielo y por lo mismo no disminuirá sensiblemente su eficaz intercesión. Ante los miedos y vergüenza que siente el P. Bellière de sus pecados pasados, teme disminuir la eficacia de la oración de Teresa ante Jesús; ella no se escandaliza. Le pide no arrastrarse a los pies de Jesús, cuando sus deseos son lanzarse a sus brazos; las posibles indelicadezas que pueda cometer, desaparecen cuando nace en su corazón pedir perdón: Jesús le perdona y se estremece de alegría. Le prohíbe ir al cielo por otro camino que no sea el que su hermanita le ha enseñado. ***“Si, hermano mío, ¡qué poco conocida es la bondad y el amor misericordioso de Jesús...! Es cierto que, para gozar de estos tesoros, hay que humillarse, reconocer la propia nada, y eso es lo que muchas almas, no quieren hacer. Pero, hermanito, ésa no es su manera de actuar. Por eso el camino de la confianza sencilla y amorosa está hecho a la medida para usted. Yo quisiera que usted fuese muy llano con Dios, pero también conmigo”⁹³***. Le pide abandone el orgullo que lo asalta a la hora de reconocerse pecador ante ella, pero sobre todo ante Dios misericordioso, de ahí la sugerencia de ser muy llano en su relación con Dios y reconocer su nada ante su amoroso perdón que lo restituye en su condición de hijo muy amado⁹⁴.

La despedida la pone Teresa a esta amistad aquí y que hizo que la maestra de espíritu desplegara toda su pedagogía de doctora de la Iglesia, en el alma de su hermano el P. Bellière pues iluminó sus pasos con su amistad, sus consejos, pero principalmente su camino de

confianza y amor lo abre para él y las almas que ambos conquistarán para el reino de Dios en tierras de misión. Ha recibido la Unción de los enfermos, ha recibido a Jesús como viático para el largo viaje que le espera, mientras sufre el deterioro total de su cuerpo lacerado por la tuberculosis.

Hasta el final ilumina la fe de su hermanito respecto a la vida eterna. La participación en la santidad y justicia de Dios en el cielo es también la participación de Teresa en la misericordia infinita del Señor. Esta aseveración surge ante las dudas y temores del P. Bellière acerca si podrá disculpar sus faltas, como hacía en la tierra, una vez que goce de la eternidad. La respuesta es rotunda: los santos han padecido las mismas miserias que nosotros los de esta parte de la Iglesia y por el amor fraternal que nos tienen, mayor que el que nos tuvieron en la tierra, es que nunca dejan de protegernos y de orar por nosotros⁹⁵. En teología se trata de la “comunidad de los santos”, la que profesamos en el Credo. Ella sabe ser compasiva porque Dios ha sabido serlo con ella, sobre todo ahora que padece esta gran purificación, donde resplandece su vida teologal en las obras que le inspira el amor divino. Se reconoce pecadora, se humilla y Dios la levanta hasta su gloria para interceder por sus hermanos.

El epistolario teresiano-lexoviense se cierra precisamente con unas palabras que podríamos considerar una síntesis magnífica de todo lo que Teresa entregó al P. Bellière: **“Yo no puedo tener miedo a un Dios que se ha hecho tan pequeño por mí... ¡Yo lo amo...! ¡Pues él es sólo amor y misericordia!”**⁹⁶. El trasfondo bíblico de esta expresión cada uno deberá desentrañarlo como un precioso tesoro que sabemos existe, pero la tarea consistirá en descubrir dónde está, en el campo de nuestra existencia cristiana. La búsqueda no termina ahí. Si lo encuentra, la sabiduría le enseñará que todo su campo es un enorme tesoro, que la vida teologal, le hará descender hasta su nada más real, y en vuelo de amor ascender, en la mano del Padre hasta su corazón morada donde vivir para siempre y encontrar la última perla, la de su infinito amor.

Y si de síntesis hablamos, Teresa concentra todo su quehacer misionero y de hermana de los hombres en estas palabras:

“Presiento que voy a entrar en el descanso... Pero presiento, sobre todo, que mi misión va a comenzar: mi misión de hacer amar a Dios como yo le amo, de dar mi caminito a las almas. Si Dios escucha mis deseos, pasaré mi cielo en la tierra hasta el fin del mundo. Sí, yo quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra. Y eso no es algo imposible, pues, desde el mismo seno de la visión beatífica, los ángeles velan por nosotros. Yo no puedo convertir mi cielo en una fiesta, no puedo descansar mientras haya almas que salvar... Pero cuando el ángel diga: “¡El tiempo se ha terminado!”, entonces descansaré y podré gozar, porque estará completo el número de los elegidos y todos habrán entrado en el gozo y en el descanso. Mi corazón se estremece de alegría al pensar en esto...”⁹⁷.

En esta actitud de Teresa encontramos: el deseo ya manifestado

de seguir trabajando con mayor afán por la conquista de las almas para el reino de Dios, apoyo incondicional a los misioneros y las misiones católicas, pero también el despliegue de esa misión...hasta el día en que el ángel haga sonar su trompeta⁹⁸..., es decir, hasta momentos antes del juicio final. Con esto deja en claro que no sólo tiene participación en la misericordia de Dios y su justicia, como declaraba al P. Bellière, sino que además en su infinita caridad para con los pecadores. Su oración consistirá en orar por la conversión de todos los pecadores e infieles, ateos, en definitiva hombres sin fe. Esto abre los tesoros de la esperanza no solo para aquellos más alejados sino también para quienes quieren creer en el afán de superar sus debilidades con la gracia de Dios, e camino de continua conversión.

Dios infinito y poderoso que se dejó conquistar por los inmensos deseos del corazón amante de esta joven desde el comienzo de su relación, deseos que ÉL mismo puso en su existencia para hacerlos realidad⁹⁹, no puede dejar de hacer realidad este deseo último de quien supo hacer de su vida contemplativa y misionera un servicio de amarle y hacerle amar. Ella hizo suyos los deseos de Dios Padre, y los contempló maduros en la vida de esta joven carmelita: mostrar a los hombres su amor misericordioso. Ella desde el cielo intercede por nosotros, pero especialmente por aquellos que tienen por misión anunciar a los paganos los valores perennes del Evangelio hasta el día el juicio final.

La vida cristiana y contemplativa de Teresa, su doctrina y su doctorado, su intercesión siguen siendo actual, fuente de inconmensurables riquezas para la pastoral y la espiritualidad que el hombre y la Iglesia de hoy requieren para fortalecer su dimensión evangelizadora y misionera, que dan sentido a su existencia en la humanidad actual y de siempre.

Su Doctorado vino a poner mayor atención en el mensaje y vigencia de su doctrina que, como faro en los caminos de la Iglesia y de los hombres, quiere iluminar el sentido de sus vidas con la "ciencia del amor" aprendida en el Evangelio y con la luz recogida en la contemplación, se asienta en su corazón de apóstol.

P. Fr. Julio González Carretti OCD

Viña del Mar 2007.

Para Caminando con Jesús

¹ Ms. A 45r

² Ms. A 45r - 45v.

³ Cfr. Lc. 5, 4-10.

⁴ Ms. A 45v.

⁵ Ms. A 45v.

⁶ Ms. A 45v.

⁷ Ms. A 46r.

⁸ Ms. A 46r.

⁹ Ms. A 46r.

¹⁰ Ms. A 46r.

¹¹ Ms. A 46r.

¹² Cfr. CV 1 y 3; Cta.221; UC 4.61; Ms. C 31v y 33v.

¹³ Ms. A 56r.

¹⁴ Ms. A 69v.

¹⁵ Ms. B 2v.

¹⁶ Ms. B 2v.

¹⁷ Ms. B 3r.

¹⁸ Cfr. LG 10-11.

¹⁹ Ms. B 3r.

²⁰ Ms. B 3r.

²¹ Ms. B 3r.

²² Ms. B 3v.

²³ Ms. B 3v.

²⁴ Ms. B 3v.

²⁵ Ms. A 48v. Si el texto está en plural es porque está hablando de las experiencias espirituales que compartían con su hermana Celina. Recordemos que el Manuscrito A lo escribió el año 1895 y este pasaje corresponde a cuando todavía estaba en el hogar y era una adolescente de 13 o 14 años.

²⁶ Ms. C 4v-5r.

²⁷ Ms. C 5r.

²⁸ Ms. C 5v-

²⁹ Ms. C 6r.

³⁰ Cfr. Mt. 26, 39.

³¹ Cfr. Jn. 1,1-18. Cristo Jesús, Palabra que da vida y luz que vino a este mundo y a los que la aceptan les da el poder ser hijos de Dios.

³² Cfr. Jn.1, 12.

³³ Cfr. Mt. 3,13-17.

³⁴ Cfr. Flp. 2, 6-11.

³⁵ Ms. C 6r.

³⁶ Ms. C 6v.

³⁷ Ms. C 6v.

³⁸ Ms. C 7 r.

³⁹ Ms. C 7 r.

⁴⁰ Ms. C 7 v.

-
- ⁴¹ Ms. C 7v.
- ⁴² Ms. A 30r-30v.
- ⁴³ Ms. C 8v.
- ⁴⁴ Cfr. Llama de Amor viva 1,6 y 30.
- ⁴⁵ Ms. C 8v.
- ⁴⁶ P. XI Glosa a lo divino: “Sin arrimo y con arrimo”.
- ⁴⁷ Ms. C 8v.
- ⁴⁸ Ms. A 31v-32r.
- ⁴⁹ Ms. C 33r-33v.
- ⁵⁰ Cta. 135; Cfr. Ms. B 2v; P 22, 22.
- ⁵¹ Cta. 135.
- ⁵² Cta.189.
- ⁵³ Cta.198; Cfr. CV 3,10.
- ⁵⁴ Cta.135.
- ⁵⁵ Cta.135.
- ⁵⁶ Cfr. Cta. 189, 193; 226.
- ⁵⁷ Cta.220; Cfr. Cta 201, 218, 221, 225.
- ⁵⁸ Cfr. Cta. 221.
- ⁵⁹ Ms. B 3v.
- ⁶⁰ CB 11,11.
- ⁶¹ Ms. C 34r.
- ⁶² Ms. C 34r.
- ⁶³ Ms. C 35v-36r; Cfr. UC 4.8.8.
- ⁶⁴ CV 6 y 7.
- ⁶⁵ CB 29,2.; Cfr. Cta. 221; 245.
- ⁶⁶ Ms. A 82v.
- ⁶⁷ Ms. B 1v.
- ⁶⁸ Ms. B 4v.
- ⁶⁹ Hablándole del amor con que la cuidaban sus hermanas. “Sí, así es...Y es una imagen del amor que Dios me tiene. Yo nunca le he dado más que amor, por eso él me devuelve amor; y esto no ha terminado, pronto me devolverá mucho más...”. UC 22.7.1.
- ⁷⁰ Ms. C 36r.
- ⁷¹ UC 12.7.3; Cfr. UC 8.7.16
- ⁷² Cfr. Ms. C 6r y 8r. No ofender a Dios y morir de amor serán los únicos deseos que la asisten en su noche de la fe y en su enfermedad.
- ⁷³ Cta.195.
- ⁷⁴ Ms. B 4r.

⁷⁵ Cta. 194.

⁷⁶ Ms. B 3v.

⁷⁷ Cta.220.

⁷⁸ Cta.254.

⁷⁹ Cfr.RODRIGUEZ, JOSÉ VICENTE, *Teresa de Lisieux. La soñadora. Doctora del tercer milenio*, Ed. San Pablo, Madrid, 1997. San Juan enseña que si los deseos de los santos no se cumplen en sta vida se cumplen en la otra Cfr.. 2 S 19,13.

⁸⁰ Cta.220.

⁸¹ Cta. 221.

⁸² Cta. 224.

⁸³ Cta. 226.

⁸⁴ Cta. 247.

⁸⁵ Cta.247.

⁸⁶ Cta.253.

⁸⁷ Cta. 254.

⁸⁸ Jn. 16, 5-7. 22.

⁸⁹ Cta. 258.

⁹⁰ Cfr. Ap. 2,17.

⁹¹ Cfr. Mt. 6,21.

⁹² Cta. 261.

⁹³ Cta.261.

⁹⁴ Cfr. Lc. 15,22.

⁹⁵ Cfr. Cta.263.

⁹⁶ Cta. 266.

⁹⁷ UC 17.7

⁹⁸ Ap. 10,6.

⁹⁹ “El Señor es tan bueno conmigo que no puedo tenerle miedo. Siempre me ha dado lo que deseaba, o, mejor dicho, me ha hecho desear lo que quería darme” Ms. C 31r. Cfr. UC 18.7.